

LACAN EN BUENOS AIRES

Hugo Vezzetti

La recepción inicial de Lacan en Buenos Aires no es separable del campo intelectual de los sesenta. Y sin embargo, si se atiende al modo como fue reabsorbido por el nuevo paisaje psicoanalítico, desde mitad de los setenta, puede decirse que fue menos el "heredero" que la condensación de un momento de giro y de apertura de un nuevo ciclo en las relaciones del psicoanálisis con la cultura intelectual porteña. Justamente por esa colocación a lo largo de dos décadas que han quedado disociadas tajantemente por la violencia política y el trauma de la irrupción dictatorial, la significación atribuida a esa primera recepción intelectual de Lacan se escinde entre la adscripción blanda a la vague estructuralista y la acusación que lo enlaza al clima ideológico de la dictadura a partir de la evidencia de que fueron esos los años en que el lacanismo impuso su hegemonía sobre el campo psicoanalítico.

Si es un hecho que está pendiente la historia de esa implantación, y que sus vías y sus efectos no son ni continuos ni homogéneos, la resistencia nuclear a ventilar ese pasado reciente parece residir precisamente en que exige mirar de frente los tiempos de la convivencia con el horror y la vergüenza. Está claro que este agujero histórico excede al psicoanálisis, pero en todo caso no deja de ser paradójica -en los sostenedores de la divisa freudiana- esa amnesia rellena con relatos de parroquia. Y en el caso de la memoria -no exenta de disputas de legitimidad y rencillas de filiación- que distintos grupos identificados con Lacan han construido de su propio pasado, lo más común es una visión tranquilizadora y, sobre todo, autocomplaciente que elude el problema de pensar lo que nació -y lo que murió- entre esas dos décadas.

Los sesenta hicieron posible una refundación del psicoanálisis que se desplegó directamente en el paisaje intelectual de Buenos Aires. Al mismo tiempo que impulsaba la renovación del campo de la "salud mental" impregnaba la formación y los modelos de profesionalización de los primeros psicólogos, en un horizonte atravesado por "ideologías de cambio". En ese escenario en movimiento nacen empresas diversas -desiguales en sus alcances- que buscan descentrar teóricamente a Freud y al psicoanálisis de su destino clínico y que socavan la centralidad de la Asociación Psicoanalítica Argentina en el monopolio de la profesionalización. Casi en el mismo momento en que José Bleger proyecta una nueva psicología de inspiración politzeriana que vendría a integrar psicoanálisis y materialismo dialéctico, Gino Germani, en el prólogo a El miedo a la libertad señala a Erich Fromm como inspirador de otra "nueva psicología" con capacidad de incorporarse al elenco de las ciencias sociales.

Enrique Pichon Rivière es la figura central que está en el origen de un psicoanálisis "centrífugo" respecto de toda lógica corporativa, abierto a la vez a la innovación en los "usos" y al eclecticismo de los saberes y que busca instalarse en el espacio público. Paralelamente, el modelo de la formación imperante en psicoanálisis se mostraba incapaz tanto de iluminar teóricamente esa expansión de "experiencias" como de satisfacer demandas de formación ampliadas e intelectualmente renovadas. Pero tampoco las empresas teóricamente "integracionistas" que habían nacido hacia

fuera de la APA, como la de Bleger, eran aptas para una relectura de Freud a la altura de los tiempos nuevos. Ese es el clima de una recepción de Lacan en el que algunos intelectuales -notoriamente Oscar Masotta- cumplen el papel que no estaba al alcance de los psicoanalistas. Hubo un primer Lacan que llegaba, por una parte, directamente con la renovación intelectual del estructuralismo a la page, junto con Althusser (que contribuyó a difundirlo con su "Freud y Lacan", un texto que le imprimió una marca de legitimidad para una franja de la izquierda intelectual y psicoanalítica), Lévi-Strauss, Barthes o Foucault. El primer artículo de Oscar Masotta sobre el autor de los Escritos, "Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía", de 1965, es un intento de dilucidación que debe referirse simultáneamente al marxismo, a Sartre y la fenomenología, al estructuralismo y al impacto de todo esto sobre el psicoanálisis. Y la circunstancia de que haya sido publicado por primera vez en Pasado y Presente, la revista de los gramscianos expulsados del Partido Comunista Argentino, muestra la fluidez de un campo intelectual en el que se cruzaban corrientes teóricas, posiciones ideológicas y opciones políticas.

Por otra parte, la población de psicoanalistas -incrementada geométricamente por una generación de psicólogos que buscaba su lugar en tiempos difíciles- encontraba en eso que comenzó por llamarse "el psicoanálisis francés" un discurso alternativo y crítico de los patrones dominantes dentro y fuera de la organización psicoanalítica. Varias ediciones piratas del Vocabulaire de Laplanche y Pontalis, editado en español en 1971, inundaron las aulas y los consultorios de Buenos Aires junto con las obras de la colección que Masotta dirigía en la editorial Nueva Visión.

Está claro que una condición de esa recepción era la transformación sufrida por un campo psicoanalítico que había estallado y en el que, sobre todo después de la fractura sufrida por la APA, habían cambiado los espacios y las formas de la legitimidad. Tanto el "kleinismo", que había dominado por años la formación oficial como el "blegerismo" implantado en la carrera de psicología quedaban radicalmente cuestionados. Pero había más de un malentendido en ese período atravesado por variadas combinaciones de renovación teórica y voluntad política y en el cual la matriz revolucionaria, propiamente leninista, aportaba la sensibilidad básica. Althusser inspiraba una "epistemología del psicoanálisis" -que no debía nada a Lacan- articulada con su relectura de Marx. El cruce "blando" del psicoanálisis con la cultura marxista, que venía de los sesenta, quedó rápidamente desplazado por razones que eran a la vez políticas -cambiaba radicalmente la cultura marxista- y teóricas: Lacan instalaba la construcción de una ortodoxia en nombre de Freud.

Bleger permaneciendo en la APA -al igual que Pichon Rivière- en ocasión de la ruptura y su Psicología de la conducta demolida por la crítica de los psicólogos, ahora psicoanalistas, que había contribuido a formar son una muestra de lo que estaba cambiando, a la vez en el humor político y en los "paradigmas" teóricos y los modelos profesionales del psicoanálisis.

En ese nuevo escenario concidían (aunque se separaran en otros sentidos) en su dureza de "vanguardias" el voluntarismo político del psicoanálisis radicalizado y esa empresa refundadora del discurso psicoanalítico en nombre de Lacan. Durante algún

tiempo esos distintos revisionismos, que impulsaron una impresionante labor de lectura de Freud, pudieron coexistir y trazar lazos de encuentro y de mutuo reconocimiento. Pero ese malentendido no podía durar; y ante todo por razones que eran inherentes a las líneas de pensamiento y los proyectos que estaban en juego. En esa trama en crisis, de psicoanálisis, cultura y política, vino a intervenir brutalmente el terrorismo de estado. Allí, entre la caída de la "politización", por una parte, y el proceso de "lacanización" del psicoanálisis porteño, por otra, se abre otra historia.



Instituto de Salud Colectiva
Universidad Nacional de Lanús